Justicia poética

Samuel Vázquez

Primera edición, noviembre de 2017
© Samuel Vázquez, 2017

Diseño de portada: Leopoldo Torroba
Corrección: Almudena Zapatero

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-17242-04-6
IBIC: FF
Depósito Legal: M-30311-2017

Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

Justicia poética

Ω

Así se patrullan las calles
en el sur de Madrid

Samuel Vázquez

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Para mi princesa Marián, por las horas robadas
sin un reproche, siempre con un «tú escribe tranquilo,
que ya me ocupo yo de todo». Nada sería posible sin ti.

Para Sara y Luca, mis dos tesoros,
mi vida entera, no se puede ser más feliz.

Para mis padres, hermanos,
familia y amigos, por estar siempre.

Para mi compañero Isra, por vivir conmigo
todas estas historias de policías los
últimos doce años, sin él en el coche,
soy mucho peor policía.

CAPÍTULO 1
POLICÍAS
«Pero eso lo piensan, porque no nos conocen»

Fuenlabrada (Madrid), 2011.

Son las 21:20 horas y los que fuman ya están en la puerta echando el último cigarro antes de empezar.

El turno de noche comienza a las 21:30, aunque quince minutos antes ya está todo el mundo listo para el relevo. Bueno, todos excepto Arturo, él siempre llega con la hora pegada pero nadie le dice nada. Primero porque no se atreven, y segundo porque saben que ese puto servicio de las 07:00, cuando ya estás en Base haciendo el parte y los ojos se te cierran, lo cogerá él de manera voluntaria, y así te quitas el marrón de salir tarde.

Nata, su compañero, lleva ya cinco minutos sentado en el cuartito de seguridad, paciente. Habla poco, escucha mucho y de vez en cuando —cada media hora o así— dice alguna frase generalmente inteligente. Es el más joven y el que menos tiempo lleva en el cuerpo: seis años, pero ha crecido policialmente hablando al lado de Arturo, y eso es una suerte que no todos los policías tienen.

Cuando Arturo llega a comisaría son las 21:25, y el oficial del equipo 3, Rodo, que está fumando en la puerta le dice: «de uniforme, Nata ya te está esperando».

A Arturo y Nata les conocen como Bud Spencer y Terence Hill, por el parecido con la pareja de cine.

Al lado de Rodo está el subinspector Moreno, el jefe que controla los tres grupos de noche de la comisaría. Apenas hace un gesto con la cabeza para saludar, su cara lo dice todo. Arturo les mira y pregunta:

—¿Sí?

—Sí.

Hay una calma tensa en el ambiente. Desde hace días hay un runrún de que se quieren cargar los grupos de noche.

Los conflictos del subinspector Moreno con el comisario por trabajar para la gente y no para la estadística se suceden día tras día. Hacer verdadero

trabajo policial sale caro. Además el G.O.R. de noches ya se ha convertido en un grupo difícil de manejar, rebelde, no son policías dóciles.

Arturo abre la puerta del cuarto de seguridad para saludar a Nata y este, al verle, señala con la cabeza el ventanuco que da a la calle desde donde se ve a Rodo y a Moreno con cara de preocupación.

—¿Qué?

Arturo asiente con la cabeza:

—Sí.

Una vez que todos ya están dentro de comisaría, el subinspector da una orden a Rodo: —Reúnelos a todos en la sala grande.

Rodo avisa por el equipo de transmisiones al grupo y todos entienden que se acabó.

Lo normal es salir por la puerta a las 21:30 horas e ir al bar de Alberto. Allí, mientras se toma café, el subinspector, si está, y si no, el oficial de cada equipo, da un pequeño *briefing* antes de salir. Lo normal no es ir a la sala grande.

El Grupo Operativo de Respuesta de la Comisaría de Fuenlabrada (G.O.R. Omegas) está formado por tres equipos, cada uno con cuatro binomios, los más experimentados.

Siete policías y un oficial —jefe de equipo— salen cada noche a una ciudad con más de doscientos mil habitantes. Son el refuerzo en el horario más conflictivo, el nocturno, a los cuatro radio patrullas que en cinco turnos cubren las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año, los denominados Zetas o Zulús.

Un zeta por cada una de las zonas en las que se divide la ciudad: por encima de la vía, por debajo de la vía, barrios de Loranca y Hospital, y polígonos.

Moreno está de pie, serio, su presencia impone, son casi ciento noventa centímetros de estatura y cien kilos de peso. Él es el responsable de los tres equipos de noche, lleva años con ellos, los escogió a todos personalmente y se puede decir que hay una generación entera de agentes a los que ha criado, policialmente hablando.

—Me imagino que ya sabréis de qué va el tema. A partir del próximo ciclo, comenzamos en turno americano con los Zetas. Después de una década, se acabaron los grupos de noche. El trabajo policial está mal visto, lo que cuentan son los palotes de mierda por extranjería, las identificaciones masivas y las actas de droga, así que tenemos un problema, porque nosotros somos policías con mayúsculas y no hacemos estadística para contentar a ningún jefe, trabajamos para la gente. Ya sabéis que han llegado promociones grandes, los tienen en el turno de día y ni siquiera hay coches para todos. Se meten por los parques y se hinchan a quitar porros y a hacer identificados y detenidos por extranjería, premian a los que más actas hacen con días libres.

Ahí no vamos a competir, están matando a la Policía. A la base de este negocio, que es una buena prevención, ellos lo llaman «dar vueltas sin hacer nada». Tienen a sesenta tíos quitando porros e identificando chavales y a ninguno investigando el tráfico de drogas.

Todos escuchan atentos a su subinspector. Todos le respetan más que a ningún otro mando.

—Me han dicho que no les damos lo que piden; además, que cada día damos más guerra. Me siento en eso un poco culpable. Dicen que mi actitud beligerante con la Jefatura la estáis copiando vosotros… llevo esa culpabilidad con orgullo —al jefe se le entrecorta la voz a ratos—, sabéis que no me he callado nunca y que siempre he dado la cara por vosotros cada vez que había que darla, eso en parte nos ha traído hasta aquí y lo siento, porque la mayoría tenéis hijos… y mujeres trabajando, algunos, al ser de fuera, ni siquiera tenéis familia aquí. Sé de sobra que el turno de noche os venía de puta madre. Pero era perder el turno o la dignidad, y ya sabéis quién ganó, somos Omegas. —El subinspector hace una pausa para coger aire—.

Ahora se piensan que nos va a dar la pataleta y no vamos a hacer nada, una especie de huelga encubierta que estarán pensando parar abriendo algún expediente… pero eso lo piensan porque no nos conocen. La gente que nos necesita ahí fuera no tiene la culpa de que nos hayan jodido, mucha gente también está jodida, son tiempos difíciles. Trabajaremos como nunca, es decir, igual que siempre, y cuando nos crucemos con ellos sonreiremos, que no piensen ni por un instante que nos han jodido.

Al subinspector se le humedecen los ojos y sus ocho policías comienzan a aplaudir. No hay caras tristes y sí algún gesto con el dedo medio seguido de un «que los follen».

—Para hoy, y como despedida, vamos a entrar en un garito. Llevan meses frenándonos, no querían que hiciéramos nada guapo para tener más fácil el echarnos. Nos vienen con el cuento de que hay que abrir una información antes de entrar para ver si hay algún grupo de Madrid tocándolo y se lo jodemos, pero esta corre de mi cuenta.

En realidad, el subinspector Moreno no dice toda la verdad en cuanto a lo de que «esta corre de mi cuenta». Él ya ha hablado con algún amigo suyo de la Brigada Provincial de Policía Judicial de Madrid, y este le ha dado vía libre para entrar en el bar, no van a joder ninguna operación, nadie está tocando eso.

Según bajan por la escalera hacia la calle, suena la emisora:

—Zulú-3 para Fuenlabrada-0.

—Adelante. —El 3 ya está en su zona desde hace un rato. Los Zetas «de primeras» relevan media hora antes que los Omega y los Zetas «de segundas», para que siempre haya policías en la calle.

—Y necesito algún coche más para este servicio, por favor, es en Tía Javiera, la media luna. Se oyen gritos en una vivienda, puede ser una pelea.

Los últimos números de la calle Tía Javiera se ubican en un edificio con forma de media luna de viviendas del I.V.I.M.A. (Instituto de la Vivienda de Madrid), y la operadora, Marla, sabe que es zona de guerra.

Viviendas habitadas en su mayoría por familias de etnia gitana, negros y marroquíes, todos juntos; algún que otro español y alguna vivienda con ocupas.

Tienen que ir tres coches como mínimo: uno para realizar el servicio, otro para dar seguridad a la intervención y un tercero para quedarse abajo con los vehículos, para que cuando bajes no estén las lunas rotas o las ruedas pinchadas.

Del cuartito de seguridad, donde estaban apuntando las matrículas en el libro, salen corriendo Isma y Saúl:

—Vamos nosotros.

—Este no es un servicio para el K —(vehículo no rotulado en el argot policial), dice el oficial Rodo, sabiendo que con estos dos no va a conseguir nada.

—Da igual —dice Saúl—, nosotros vamos.

Justo detrás, uniformados, salen los dos Marco.

—Venga, vamos nosotros también.

Los miembros del GOR Omegas no tienen zonas asignadas, se mueven por toda la ciudad. Si un zeta necesita apoyo en su zona, van. Si se produce un aviso de Sala en el que se esté cometiendo un delito *in fraganti*, van. Si es una reyerta, van. Y mientras no haya servicios de Sala, hacen de todo un poco: puntos negros, controles o las entradas a bares cuando hay que reventar alguno.

Saúl mira hacia atrás antes de entrar en el K y ve a los dos Marco.

—Fuenlabrada-0, aquí es Omega 33. Omegas 31 y 33 apoyan.

—Recibido, Omegas 31 y 33 apoyan. Tía Javiera 21, 5º G. Me entra por el 112 mismo hecho de otra llamada… Lo estoy leyendo y, al parecer, no es una pelea, es violencia familiar, una hija agrediendo a su madre. Requirente: una vecina… dice que se oyen fuertes gritos… vayan a ver.

Dejan los coches en la zona de la calle anterior a la media luna —hay un contraste enorme entre los primeros números de la calle, con edificios con piscinas y zonas verdes e incluso chalés, y la zona de guerra: los últimos números—, últimamente lo hacen así para poder subir todos al servicio.

El zulú de zona ya está mediando para cuando llegan los Omega; tratan de contener a un cadáver sin dientes y en estado de enajenación para que no agreda a su madre. Quiere más dinero para droga porque está de mono, pero su madre ya no tiene más y se limita a llorar y a abrazarse a uno de los componentes del Z-3.

La yonqui tarda quince días en fundir su prestación y la paga de su madre; los siguientes quince, dice la madre, son un infierno.

Y así, mes tras mes, año tras año, desde hace ya… toda una vida.

—Es mejor que se muera y luego matarme yo, esto ya no es vivir, no tengo fuerzas. Sufrir, sufrir y sufrir… —dice la mujer entre sollozos.

Ya hay muchos vecinos asomados, las puertas de las casas dan todas a una especie de corrala moderna de siete pisos de altura y una barandilla de menos de un metro de alto. Los pasillos son tan estrechos que en las intervenciones de reyertas da miedo actuar, en cualquier momento te puedes caer al vacío. En los pisos de enfrente, separados por ese vacío, ya hay varios marroquíes y algún negro juzgando la actuación policial. Algunos sacan sus teléfonos para grabar. La tensión se empieza a palpar.

La yonqui se tira de repente al suelo y se da un cabezazo contra la baldosa de gres, está fuera de sí; se necesitan tres policías para que no se autolesione. Cuando parece que cede y se calma la sueltan, pero es un error. La cocina está al lado de la puerta de salida, que está abierta, afuera la madre y dos policías. Haciendo ver que va a por un vaso de agua, la yonqui intenta de repente zafarse y salir al grito de «me tiro». La paran, ya casi tocando la barandilla, y deciden ponerle grilletes como medida de seguridad.

Nada más llegar y viendo el panorama, Ander y Javi, el Z-3, han decidido pedir SUMMA Psiquiátrico. Pero un policía no puede, por protocolo, activar ese servicio, solo hay uno para toda la zona y debe venir primero un médico que valore y active, lo que supone veinte minutos como mínimo peleando con la yonqui y tratando de calmar a la madre.

A ella, a la madre, se le pregunta si va a denunciar la agresión, porque, de hacerlo, la yonqui pasará a estar detenida y entonces, cuando ingrese en psiquiatría, habrá que dejar un coche haciendo custodia toda la noche, lo cual es una putada.

La señora no quiere denunciar y cada vez se derrumba más:

—Es triste, pero la vida que lleva no es vida, yo preferiría que se muriera y luego matarme yo… es triste, es triste decirlo.

Y escuchando a la madre y tratando de contener a su hija pasan veinte minutos hasta que llega el médico, y otros veinte hasta que aparece la ambulancia de psiquiatría.

El SUMMA-112 Psiquiátrico la trasladará al Hospital de Fuenlabrada, e Isma y Saúl se ofrecen a llevar a la madre allí en el K para que acompañe a su hija.

En el viaje, como siempre, escucharán con paciencia y pena una historia de quince años de sufrimiento, agresiones, dolor y más dolor. Una de las miles que escuchan los policías de la calle; la acumulación les hace casi insensibles, pero solo casi.

Según se dirigen al K se topan de frente con un marroquí que reconoce al instante a los policías aunque vayan de paisano. Éste hace un gesto rápido para deshacerse del porro que va fumando, pero le ven.

—¿Tienes más?

—No, agente, se lo juro, solo un porrito después de trabajar —Saúl se ha quedado descolgado mientras Isma sigue acompañando a la señora.

—¿Dónde trabajas?

—En las huertas.

—¿En cuál?

—En la finca que hay al lado de la chatarrería, se lo juro, trabajo.

—Vale, vale.

No va a cachearle. Están acompañando a la madre y eso ahora es más importante que unos porros.

Mucha gente no entiende este tipo de preguntas banales que hacen a veces los policías, e incluso se ofenden: «¿qué le importa a usted dónde trabajo?… no tengo por qué decírselo». Pero los policías de la calle sí saben para qué sirven. A veces se logra ver la mentira en un simple gesto respondiendo a estas preguntas; otras, se saca información que puede servir en un futuro.

Dónde trabaje el marroquí no tiene ninguna importancia ahora mismo, pero sí la tendrá en apenas unas semanas…

Alguno de los nuevos policías del turno de día se habría parado, habría recogido el porro del suelo, cacheado al marroquí, por si llevaba más, y le habría levantado un acta propuesta de sanción. Eso, en el parte que ven los jefes al día siguiente luce mucho, es un palito en el recuadro «actas de droga», pero Saúl sabe que el verdadero trabajo policial ahora es llevar a la madre al hospital para que esté con su hija, aunque ese trabajo no tenga recuadro en el parte.

A la 01:00 el subinspector Moreno decide reunir a sus policías para el *briefing* antes de entrar en un garito en la Avenida de las Regiones, es un bar de negros y es *vox populi* que allí se vende droga, y que el Grupo de Policía Judicial de la ciudad no va a hacer nada al respecto.

Como dárselo a PJ era perder el tiempo, el subinspector Moreno decidió entrar a ciegas y ver qué se pescaba.

La entrada iba a ser a la 01:20 horas, era viernes, día perfecto para estos saraos porque se suele cargar ese día de material para venderlo todo el fin de semana.

En el *briefing*, el jefe reparte los cometidos: Isma y Saúl entran primero y se van corriendo a la barra para pedir que apaguen la música y suban las luces; después Saúl, que es el único que habla inglés, se dirigirá a los africanos en esta lengua que suelen hablar todos, ya que algunos no entienden el español. Detrás, los Marco irán a los baños para evitar que nadie tire nada por la taza o se vayan por alguna ventana. El resto separará a hombres y mujeres, y estarán atentos a que nadie meta las manos en los bolsillos y tire algo, de tal

manera que las seis o siete papelinas o bolsitas de droga que seguro aparecerán en el suelo puedan volver a su legítimo dueño en forma de propuesta de sanción administrativa de trescientos cincuenta euros.

Ordenarán silencio y empezarán con los cacheos. Se ha pedido a un zulú que tiene un componente femenino que venga para los registros a mujeres.

Todos se ponen los pasamontañas antes de entrar, en realidad no es para que no se les conozca —a policías que llevan diez años en la calle todos los malos les conocen—, se trata de que la entrada sea más impactante en un sitio en el que saben que van a estar en inferioridad numérica: es para asustar más.

Cuando todo está controlado, Saúl comienza un *speech* en inglés para advertir de que se trata de una operación policial contra el tráfico de drogas, pedir que colaboren y que no metan las manos en los bolsillos mientras dure la intervención —esto se hace para evitar que tiren cosas y también para que no puedan sacar algún arma y herir a algún agente—, para terminar con un:

—*Please, follow the orders of the police officers, thank you.*

Los Marco salen de revisar los baños mientras escuchan a Saúl hablar en inglés y Pina dice:

—Es bueno el hijoputa.

—Qué va, se lo está inventando todo, no ves la cara que ponen los negros —responde Ayarza riéndose.

La redada es un éxito.

Cinco bolsas transparentes de igual tamaño conteniendo «una sustancia vegetal verde, al parecer marihuana», aparecen en los bolsillos de cinco de los clientes africanos. Otras siete aparecen en el suelo. Y de estas, al menos cuatro vuelven a su legítimo dueño porque los policías han visto quién las había tirado. Cuatro bolsas más aparecen dentro de la barra en una cajita; que estén dentro de la barra y que sean iguales a las que tiene la clientela es clave para proceder a detenciones. Además, no deben de ser muy listos porque dentro de la cajita también hay una lista con nombres, pagos y dinero en metálico.

El sueño de cualquier entrada y registro: cantidades iguales de droga, dinero fraccionado, lista de comparadores y pagos, y envoltorios idénticos tanto dentro de la barra como fuera.

Todos los indicios que pide la jurisprudencia del Supremo para proceder a la detención por un delito contra la Salud Pública aunque no se incauten grandes cantidades.

Para seguir con el protocolo de siempre se localiza la llave del futbolín y se abre la caja. Allí hay otras diez bolsas más de marihuana. Dentro del *office* hay una balanza de precisión.

La intervención se salda con el encargado y los dos camareros detenidos. Se levantan las propuestas de sanción correspondientes en actas de

droga a todo aquel que la portaba, actas que se adjuntarán a la comparecencia donde se presentará el resto de la droga incautada y los tres detenidos. Ni hecho adrede habría salido mejor.

Ya en Base, con los tres negros reseñados, lectura de derechos leída y en calabozos, los policías se toman un tiempo antes de empezar la comparecencia contando todo lo sucedido en el G.A.O (Grupo de Apoyo Operativo de la Policía Judicial), que consiste en tener un policía en cada uno de los cinco turnos de Zetas para suplir a los de la Oficina de Denuncias cuando falte alguno, y para coger las comparecencias de los detenidos que se hagan e ir comenzando la instrucción del atestado.

En la puerta de la comisaría algunos fuman y se acuerdan de otra entrada de hace unos meses con otro grupo de omegas. Uno de ellos había recibido un chivatazo de un colega de que en un garito de la calle Telefónica se traficaba. La droga la guardaban, decía el colega, bajo una baldosa en el suelo, dentro de la barra. Ver a un componente del GOR dar golpecitos en las baldosas para detectar una hueca ante el estupor de camareros y clientes hizo a más de uno, clientes y policías, echarse a reír.

Un fiasco, ni rastro de droga, ni en la barra ni en los clientes ni en ningún sitio. Ridículo.

Hoy llegan tardísimo al hotel a cenar, son casi las cuatro de la mañana, cuando normalmente lo hacen a las dos. Siempre paran en el mismo H2 de la carretera M-506, allí se relajan, les tratan bien.

Moreno amplía la información:

—Vosotros vais a pasar al turno 3, que es el que está hoy, el del inspector Iborra. Esa es la noticia mala. Ahora tendréis dos días de descanso y el lunes empezaréis a cinco turnos. Turno americano: tarde-mañana-noche-saliente-libre, y otra vez a empezar. Una puta mierda, vamos, pero es lo que hay. Se acaba una etapa… empieza otra. Ah, una última cosa. El 3 es el único turno que no tiene subinspector, así que yo también voy con vosotros, y esa es la noticia buena.

La media hora del bocata se dedica en exclusiva a poner a parir a los mandos que toman decisiones estúpidas para contentar a otros mandos a los que no les salen las cuentas con los números, los putos números. La gente importa poco, los policías nada.

Salen del hotel despidiéndose de Alberto, el recepcionista asturiano del turno de noche, y cogen la 506 para volver a la ciudad. Aún no han llegado a la vía de servicio de las piscinas cuando suena la emisora.

—A ver, adelante Zulú-2 para Fuenlabrada-0 —el tono de voz de Marla la delata cuando tiene prisa.

—Dale, adelante al 2.

—Me llaman de Centro Cometa. Una persona se ha quitado su pulsera localizadora y no contesta al teléfono en el domicilio, llevan un rato intentando localizarle.

—¿De dónde es la víctima?

—Su ex pareja vive en la calle Portugal, número 12; 1º bravo.

—En camino, pídele datos físicos del maltratador al Centro Cometa.

—Estoy en ello, no les he colgado, era para que fuerais tirando. Se han intentado poner en contacto con la mujer y negativo, no lo coge.

—Recibido.

Por ser la hora que es, casi todos los indicativos abandonan su zona para ir acercándose a la calle Portugal.

Si el hombre tenía una pulsera localizadora en el tobillo es porque era peligroso y si se la ha quitado es porque ahora mismo es muy peligroso. Que no se pueda contactar con la mujer añade un poco de angustia a la situación.

—Varón, español, corpulento, de unos cuarenta y cinco años y calvo. Lleva tatuada una calavera en el brazo derecho y responde al nombre de Javier Pablo.

—El 2 vamos directos al domicilio.

—El 1 se mete a pie por Estoril.

—Omega-30 paseo Setúbal.

—Oye, el 3 se acerca también, que estábamos en la universidad, vamos al piso contigo, 2.

El resto de omegas ya no comunican pero acuden a la zona también.

El 30 nada más entrar en Setúbal desde calle Francia ve al fondo a un hombre calvo bajarse de un vehículo e intenta darle el alto.

—Oye, se acaba de bajar un tío calvo de un golf en Setúbal, le hemos dado el alto y ha echado a correr, lo estamos buscando entre los coches, se ha agazapado. Venid más aquí.

El paseo de Setúbal es un inmenso aparcamiento de vehículos.

—Oye, el 1 está dentro, en lo peatonal, salgo *pa'lla* ahora.

—A ver, habla Zulú-0, ¿hay alguien ya con la mujer? —la voz del subinspector Moreno suena firme pero preocupada.

—El 2 en el portal, no contesta a la puerta.

—Llama a todos los timbres, repito, llama a todos los timbres, da igual la hora.

—Sale corriendo hacia las pistas… el 30 detrás a la carrera… hacia las pistas… despejad la malla.

A partir de ese momento ya nadie debe hablar, solo el 30 que, a la carrera, va dando posición a los demás indicativos.

—Oye, hacia el domicilio… va hacia el domicilio por Portugal…

El Omega-32 le ve salir por el medio de la calle y pega un frenazo que hace derrapar el coche. Antes de que el zeta se frene del todo, la puerta

de Arturo ya está abierta. Se tira casi en marcha y comienza a correr hacia el malo. Le corta el camino hacia el domicilio de su ex pareja corriendo en diagonal. Cuando está a cuatro metros lanza la defensa a modo de boomerang hacia las piernas del calvo. Este nota el golpe, se tropieza y se va al suelo. Arturo cae sobre él. Luego Nata y Rodo… y Reina.

—Vale, no está, la mujer no está. Nos lo confirma su vecina, vive con la madre ahora —el 2 trata de tranquilizar al resto por la emisora.

—Vale, lo tenemos, lo tenemos igual —dice Reina liberando una mano del tumulto sobre el hombre calvo.

Cuando ya lo tienen engrilletado, lo suben en volandas, Arturo le agarra del cuello.

—¿A dónde ibas?

—A matarla.

CAPÍTULO 2
EL TURNO

«Están acabando con el oficio y yo ya estoy muy viejo…»

Un turno es un coto cerrado ajeno a los horarios de oficina del resto de la comisaría, en él trabajan cuatro zetas (ocho policías), dos policías de Seguridad, dos en la O.D.A.C. (Oficina de Denuncias y Atención al Ciudadano), uno en el G.A.O. (Grupo de Apoyo Operativo) de Judicial, uno en la Sala del 091, un subinspector jefe de Zetas y, ahora que están en el turno, también de Omegas, y un inspector, coordinador de todos los servicios.

Durante el servicio de noche donde no había mandos ni personal de otras brigadas, el coordinador era sencillamente «el jefe».

Con este núcleo trabajan cinco turnos que cubren las veinticuatro horas del día los trescientos sesenta y cinco días del año, son el motor de cualquier comisaría.

El resto de brigadas —Judicial, Científica, Información y Extranjería— tienen el llamado «turno complementario», es decir: una semana de mañana y otra de tarde de lunes a viernes. Aunque tienen por las noches y los fines de semana siempre a alguien de incidencias, la verdad es que a no ser que ocurra algo muy grave, nunca se les llama.

Los policías de las últimas promociones que, si no tenían enchufe, acababan todos en la Brigada de Seguridad Ciudadana, no tenían plaza en los turnos, ni tampoco en las noches, que de hecho acababan de dejar de existir, así que, también les ponían a turno complementario, muchas veces andando porque no había coches para todos, una forma estupenda de empezar a desmotivarlos nada más llegar.

Si sobra gente, ¿para qué vamos a montar un grupo de estupefacientes y luchar contra la venta de droga?, no, ni hablar. Mejor que salgan andando uniformados «para que se les vea», en complementario para ahorrar los cien pavos que se pagan por el exceso de horario del turno americano. Y que hagan de paso algunas actas de droga, que hay que recaudar.

Cuando el lunes por la tarde empiezan a llegar omegas a su primer día en el turno, en la puerta de comisaría hay zetas y personal de Seguridad esperándoles en una especie de paseíllo.

Los grupos de noche generan cierta envidia por los horarios y por el hecho de que no tienen que ir a los «servicios guarros» como finados, hurtos en el Carrefour u otras milongas. Solo van cuando se producen delitos *in fraganti*, lo cual es normal, porque para una persona que ya está muerta no se necesita que te apoye un grupo de respuesta pero para un atraco, sí. Aun así, muchos zetas no lo entendían y utilizaban la típica frase: «solo van cuando hay palote».

Los omega que han quedado para tomar café antes de entrar en su primer día, pasan por el paseíllo que les hacen sus compañeros que empiezan a aplaudir con sorna y a reírse.

Javi, del Zulu-3, el más joven de todos se viene arriba:

—Ya era hora, ¿no?, ahora a hacer turnos, ya veréis…

Marco Ayarza, que estaba esperando algún comentario fuera de tono, se frena y gira su mirada hacia el zeta:

—Mira, chaval, yo ya hacía turnos antes de que tú estuvieras en la academia. Turno americano, africano, complementario y de *to'*; y luego, como era muy bueno y tenía muchos cojones, pues me cogieron *pa'* las noches. ¿Cuál es tu zona?

—La del 3, Loranca y Universidad.

—Pues cuando patrulle por allí te llamo y dejo que me sigas *pa'* que veas cómo se hace esto, ¿vale?

Cuando Javi empieza ya a poner cara de tensión, Ayarza rompe a reír:

—Que no, coño, que es broma, cuando pase por tu zona te invito a un café.

Pedro y Pablo —los dos «caimanes» de seguridad— comienzan a abrazar a los omegas, se conocen desde hace años.

Ya quedan pocos «caimanes» en comisaría, en los últimos diez años ha habido un relevo generacional casi total, y están casi todos jubilados. Quedan algunos por los turnos en el servicio de Seguridad y otros pocos por las mañanas en Informes, Archivo o sitios así.

Paco, del Zulú-1, compañero de la oficial Luna, es de los pocos caimanes que quedan en la calle, de hecho, el único junto con un zeta del turno 5, conoce bien a todos los omegas.

—Bienvenidos, disculpad el recibimiento, no lo hemos podido evitar.

Saúl se queda a charlar con Paco mientras los demás van subiendo a la tercera planta, donde están los vestuarios.

—¿Cómo está el percal aquí?

—Pues el listillo y su compañero un poco vagos. Antonia y Dani del 2, cumplidores. La oficial va conmigo, Luna, muy buena, y a Chema y Carlos ya los conoces.

—¿Dónde están?

—Currando, dónde van a estar. Pasan de saraos de estos, estarán por el polígono metiéndose en algún lío. ¿Has oído lo del chino?

—Algo, pero mejor me lo cuentas tú.

—Pues que el otro día paran a un chino que según ellos resulta ser el tío que maneja el cotarro en el salón de juegos ilegal que hay en la calle Cistierna, ¿sabes cuál te digo?

—Sí, sí.

—Caracortada lo llaman al chino por una cicatriz. Se pone farruco y les dice que no pueden registrar su coche. Total, que ponen el coche patas arriba y no encuentran nada, y al día siguiente los llaman a despacho para que expliquen por qué paran a alguien que no ha hecho nada.

—¿Al despacho del coordinador?

—No, al despacho del comisario.

Saúl arquea las cejas en un gesto de incredulidad.

—Pero qué cojones me estás contando, ¿por una identificación rutinaria?

—Lo que oyes.

—Joder, ahora hablo con ellos. ¿Y por lo demás?

—Bueno, por el día ahora es un infierno patrullar, tienen a los del complementario de las últimas promociones, los Astra, a piñón. Saturan la emisora a pasar filiados, paran y cachean a todo lo que se mueve, filiaciones, actas, placas, extranjería, números, números… esto parece un estado policial, Saúl, no dejan a la juventud moverse. ¿Cómo no nos van a coger asco?, hay gente que te dice que los han filiado ya siete u ocho veces en un mes. Están acabando con el oficio y yo ya estoy muy viejo, damos una imagen penosa— Paco mueve la cabeza a izquierda y derecha—, no es culpa de los chavales, por supuesto, pero es lo que hay. Es una pena, porque a muchos los ves y se ve que tienen madera, y lo viven, que podrían ser buenos policías, pero si no tienes un veterano al lado, al menos el primer año… y si además los que te dirigen no tienen ni puta idea y solo miran por la estadística… Con toda la gente que hay ahora se podría hacer un trabajo de prevención y respuesta increíble, si esto lo llevara alguien que tuviera dos dedos de frente y se hubiera subido alguna vez a un coche de policía.

Una vez dentro del coche patrulla —hoy les toca uniformados—, Saúl, todavía pensando en la conversación con Paco sobre Caracortada, le dice a Isma:

—Tira *pa'l* polígono.

—¿Y eso?

—Paco me ha explicado lo del chino que nos contaron el otro día, vamos a hablar con estos.

—Saúl, nos acaban de echar de las noches y ya quieres meterte en líos…

—Ya me conoces.

—También conozco a Chema y a Carlos, son policías buenísimos, pero es ver un charco y se tiran los dos de cabeza, y ya sabes que hay que escuchar las dos versiones.

—Ya, ya lo sé; nosotros hablamos con ellos, si vemos que es cabezonería suya o una milonga, pues les reímos la gracia y nos vamos.

—Y si intuyes, como vas a intuir, que tienen razón, ¿qué?

—Pues entonces a muerte con ellos.

Isma no insiste más, sabe que es tontería discutir con Saúl, y aunque es bastante más prudente que este, en el fondo le gusta la acción.

Enciende el motor y la radio, la cambia de la mierda del *Loca FM* que escuchan los nuevos a *Rock FM*, donde suena *Wish you were here*, de Pink Floyd, justo en el momento en el que David Gilmour dice eso de: «¿y consiguieron que cambiaras tus héroes por fantasmas?».

Isma sabe que la canción le encanta a su compañero, así que sube el volumen. Para cuando mira a su derecha, Saúl ya ha cerrado los ojos y, acomodado en el asiento, comienza a cantar en voz baja. Solo dos canciones consiguen cerrarle los ojos: *One* de U2 y esta.

Llevan una década patrullando juntos la calle, algo dificilísimo de encontrar en un cuerpo donde la mayoría enseguida pronuncia la frase típica de: «a mí me gusta mucho la calle, pero…»

Y siempre hay un «pero» para lograr irse a otra brigada o a un puesto de oficina. En toda la Comisaría de Fuenlabrada solo los Marco llevaban tanto tiempo juntos. Seguramente en todo Madrid se contarán con los dedos de las manos las parejas que lleven tantos años patrullando en el mismo binomio.

Isma es una especie de Ryan Gosling en la película *Drive*. Al contrario que en otros binomios, en este siempre conduce él, porque sencillamente es el mejor en eso. Ante un aviso urgente y a distancias iguales, su coche siempre llega el primero, de hecho, puede estar a bastante más distancia y llegar el primero igual, y hacerlo además sin temeridades. Eso, cuando trabajas en un grupo de respuesta, es la diferencia entre destacar o no.

Sin embargo, al bajarse del vehículo, Saúl se hacía el dueño de la situación, normalmente él llevaba la voz cantante en la intervención, y solo cuando dudaba buscaba a Isma con la mirada para tener su aprobación. Saúl era una persona capaz de tomar diez decisiones sin dudar, en apenas tiempo, lo que es una gran ventaja en este trabajo, pero cuando se toman tantas decisiones tan rápido, es normal que alguna sea la equivocada. Isma no tenía esa capacidad para tomar decisiones, pero sí tenía un sexto sentido para detectar